

# BIOSFERA Y ANTROPOSFERA: ANIMALIDAD Y HUMANIDAD

Ignacio Muñoz Cristi

Seres vivos en general y seres humanos en particular habitamos la biósfera, pero en tanto nosotros humanos realizamos nuestro vivir relacional a través de la convivencia en redes cerradas de conversaciones (cultura) y la dinámica de nuestra existencia es biológico-cultural, el mundo que traemos a mano y en que habitamos es la antropósfera o esfera biológico-cultural, la que se entrelaza con la biósfera que es de hecho la condición de posibilidad para aquella. Sin embargo en la actualidad la expansión del mundo humano alcanzado tal magnitud que en buena medida o aún completamente, la antropósfera se ha ido convirtiendo en generadora u obstructora de las condiciones de posibilidad para la conservación de la biósfera. Lo cual no es una tragedia en sí, si es que como especie cultivamos y conservamos la sabiduría espontánea de la clase de seres que somos en tanto *Homo Sapiens-amans amans*.

La coherencia operacional con las circunstancias que se viven, usualmente connotada al hablar de adaptación, ocurre espontáneamente como resultado de ser componente y partícipe en las coherencias

estructurales de la biósfera, cultura o cosmos a que se pertenece, y es esa coherencia operacional en el caso humano la que hace posible la sabiduría como un modo de convivir en armonía con la matriz relacional del presente en que se existe.

Para que la mirada en el vivir y convivir sea sistémicamente coherente con las circunstancias que se viven y conviven, requerimos operar reflexivamente acoplados en el ámbito a que pertenece nuestro vivir en esas circunstancias. Y para que eso ocurra, la emoción requerida, entendida como dominio de conductas posibles, es el desapego en la aceptación de la legitimidad de las circunstancias que se viven (amar). Y para que ese vivir de hecho se dé, como personas necesitamos conservar nuestro operar en la biología del amar de manera que ningún prejuicio nos saque del dominio de acoplamiento conductual propio al momento a que queremos o requerimos atender.

Desde la perspectiva de un observador, es a este operar en congruencia sistémica con la

circunstancias que se vive al conducirse, al que usualmente se señala con la palabra sabiduría, y desde la perspectiva del observador que ocurre en la intimidad del vivenciar la experiencia de deslizarse en coherencia sistémica con las propias circunstancias, la experiencia que se vive se vivencia como una experiencia estética, y de hecho se vive inconcientemente lo que se puede distinguir a posteriori como sabiduría. Y para el observador atendiendo al dominio en que un organismo existe como totalidad, un animal en estado salvaje también puede aparecer como viviendo un vivir sabio, es decir un vivir en acoplamiento sistémicamente congruente con sus circunstancias. Por ende la sabiduría, en tanto operación biológica no es exclusiva de lo humano, por el contrario, el fundamento de la experiencia y del operar de la sabiduría en el ámbito humano tiene un fundamento biológico que se convive culturalmente.

Desde este entendimiento resulta claro entonces que muy por el contrario de lo que se cree y sostiene corrientemente en la cultura que vivimos en la actualidad y desde hace siglos, nuestra animalidad no es nuestra parte inferior, baja o brutal, sino todo lo contrario, es el fundamento de todo lo que llegamos a considerar bello y sabio.

Las llamadas pasiones bajas, odio, envidia, cobardía, etc., no surgen en la historia evolutiva que nos da origen como primates lenguajeantes, y ni siquiera en los primeros milenios de la existencia humana, sino que surgen al surgir la cultura patriarcal-matriarcal (10 mil años aprox.) cuando se genera y conserva un vivir centrado en la desconfianza, la apropiación, el sometimiento y el control. Estas “pasiones bajas” son emociones culturalmente configuradas desde un tal trasfondo cultural.

Desde siempre en las culturas llamadas ancestrales los seres humanos se han identificado con los diversos vivires animales de un modo inspirador, muchas veces fundacional en el ámbito mitológico de una comunidad humana y el cosmos que trae a la mano con su vivir, y esto no es extraño justamente dado que muchas de estas comparaciones no son meras metáforas (reveladoras de semejanzas) sino isóforas (reveladoras de igualdades) cuyo sustrato común es nuestra biología, nuestro ser sistemas autopoieticos con un origen y co-deriva común realizada en la biósfera.

De más estaría decir que cuidar la biósfera es cuidarnos a nosotros mismos, que cuidar a los animales salvajes y domésticos es cuidarnos a nosotros mismos, sin embargo no está de más, pues los niveles de destrucción del entorno ecológico y de maltrato animal que generamos en nuestra convivencia cotidiana simplemente no tienen parangón en la historia humana ni de la biósfera.

Decimos que queremos ser ciudadanos responsables pero desperdiciamos cotidianamente el agua y la electricidad actuando como si fuesen recursos ilimitados, lo mismo con toda clase de elementos de nuestro mundo. Decimos que queremos ser empresarios ecológicamente responsables y sin embargo no estamos dispuestos a hacernos cargo de los costos de conservación ecológica requeridos para reponer la destrucción ambiental que generamos, nos basta con movernos moralmente satisfaciendo las normas jurídicas que son generalmente, por no decir siempre, insuficientes con respecto a la conservación ecológica. Si esto nos importara de verdad, nos moveríamos desde la ética en la conciencia de que en verdad nos importan las consecuencias de nuestros actos y nuestras omisiones pues nos importa el medio ambiente, la biósfera, el hogar de nuestro hogar que es la antropósfera, y

operaríamos responsablemente generando realizando y conservando las condiciones de posibilidad que permitirían conservar el entorno que directa o indirectamente intervenimos para emprender nuestras empresas.

Cierto, cada vez parece haber más conciencia respecto a esto en lo individual y lo colectivo, sin embargo la magnitud de las consecuencias de nuestro secularmente irresponsable proceder nos apremian, hoy en día es visible cotidianamente la distorsión de las coherencias sistémicas de la biósfera que hemos generado, el calentamiento global, la expansión de los desiertos, la destrucción de la capa de ozono, el agotamiento del petróleo, la destrucción masiva de la flora y fauna, la contaminación de los ríos, el aire y la tierra, incluso no es ningún secreto que el fin de la era en que el agua era gratis, un bien público, se acerca a pasos gigantes.

Parece que no hemos entendido del todo la naturaleza sistémicamente sistémica de las coherencias estructurales del mundo que habitamos, vivimos desde una mirada lineal y no nos hacemos responsables de las consecuencias de nuestros actos, no comprendemos que la extinción de una especie no es el fin sólo de esa especie sino de todo un micro cosmos que a la larga termina por desintegrarse al desaparecer las conexiones que constituyen la trama o matriz de su existencia, y que esto por ende repercute en cadena a toda la biosfera y la antropósfera.

¿Qué mundo queremos vivir? ¿Qué mundo queremos que vivan nuestros hijos y descendientes?

El mundo surge de nuestros haceres, y como humanos existimos en la permanente generación, realización y conservación de la antropósfera que surge como una red de redes cerradas de

conversaciones cuyo ocurrir configura el espacio cultural en que convivimos.

Si queremos echar pie atrás en el camino de destrucción ecológica que hemos generado, podemos hacerlo, aún cuando de hecho ya sea tarde para recuperar algunas dimensiones de la biósfera, podemos hacerlo por que lo que está en juego es un cambio cultural ya que este modo de vida no es constitutivo de lo humano sino que tiene su origen en la cultura patriarcal-matriarcal, si queremos podemos. Pero para ello cada uno de nosotros requiere participar de esta transformación, la cultura no existe con independencia de nuestro hacer, sólo desde lo local cambiará lo global. Y para ello se requieren cambiar las configuraciones de los emocioñeares desde donde hacemos todo lo que hacemos, ya que el cambio cultural ocurre sólo desde cambiar el emocioñear, pues toda acción ocurre y adquiere su carácter en un flujo emocional-relacional.

Justamente el cambio cultural original de la era matrística arcaica a la era patriarcal-matriarcal fue un cambio en la configuración emocional fundamental, que se constituyó al perder el emocioñear de la confianza en la unidad biológico-cultural de nuestra existencia, la pérdida del sentimiento de pertenencia al mundo natural a través de perder la sabiduría espontánea ancestral, es decir la coherencia operacional con las circunstancias que se viven, de ahí en más, buscar tal coherencia a través del intento de manipular y controlar el entorno natural sólo nos descoyuntó aún más de nuestra identidad biosférica sistémica.

Cuando alguien dice; “es que esto del cambio cultural es muy difícil”, lo que uno escucha debajo es un “no quiero”, cuando se dice; “es imposible”, se escucha “no quiero”.

Pero a la vez sabemos que podemos hacer cualquier cosa que imaginemos si operamos dentro del dominio de coherencias operacionales en que ocurren los fenómenos que queremos generar.

La sabiduría humana, aunque ocurre desde el operar en las coherencias del acoplamiento estructural propias de todo animal, ocurre en un ámbito en el que el darse cuenta del propio darse cuenta es cardinal. Y lo es porque es en el darse cuenta del propio darse cuenta del apego, que el desapego puede ocurrir en tanto acto en la emoción, un acto de ampliación de la atención que evita la confusión de dominios en la mirada y el pensar sistémico recursivo (Ximena Dávila dixit), o al menos permite corregir tal confusión si ocurre, y desde ahí superar cualquier encrucijada o contradicción emocional.

Claramente este texto no pone el énfasis en el conocimiento, en el entregar datos, sino más bien en el entendimiento y la confianza basal de que todo pasa por nosotros como personas o no pasa, personas que realizamos y conservamos cotidianamente la cultura antiecológica de la omnipotencia, así que como dice el Profesor Humberto Maturana; “Si queremos que algo sea... hagámoslo”.



Y si sabemos generar y conservar una mirada recursivamente sistémica, es decir que no se linealiza sino que se conserva sistémica, veremos que cualquier interacción con las estructuras locales de un sistema que ocurra en coherencia con la configuración de relaciones que lo constituyen, operará en coherencia con el sistema como totalidad. Y es por esto, precisamente, que la mirada sistémica recursiva en tanto capta las coherencias propias del sistema a que pertenecen los elementos locales distinguidos, permite y lleva a acciones locales ecológicamente coherentes con la conservación de dicho sistema, en este caso, la biosfera y la antropósfera.

## CURRICULUM VITAE

**Ignacio Muñoz Cristi.** Antropólogo por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México).  
Docente e investigador del Instituto Matríztico. (Chile)